

Lens, Xosé Manuel, "En la búsqueda del lugar de mi cuerpo: las novelas de final-comienzo-final de Félix Fernández", *Félix Fernández Fernández*, Lugo, Museo Provincial de Lugo, 2006, Cat. Exp.

En la búsqueda del lugar de mi cuerpo: las novelas de final-comienzo-final de Félix Fernández

Mi cuerpo se dispone abierto, amplio y controlado. Es una topografía que se sirve del viento para oscilar, de la periferia para esquivar, del tiempo, de la tierra, de ese biombo de lo social en el que exteriorizarme con piel y actitudes. Cada uno de los trabajos que ejecuta Félix Fernández recogen un lugar del cuerpo en el mapa de lo social, del exterior, pero desde un posicionamiento interior. Su tiempo, lúdico y constante, engaña y dispersa en trabajos de fotografías, performances, vídeos y instalaciones, también esculturas, alimentándose en lo más profundo de la duda, de la vida, de la tempestad de una caída sin salvación aparente. Posiblemente antes de acabar este texto, deje de pensar que la decadencia sirve de perfil de seguimiento; por ahora gozo pensando en el brillo de la pasión, del drama, sigo respirando a golpes mientras baja un telón de un teatro donde actuó un agente de derrotas, duda de narraciones. La narración y la dramaturgia.

Sin pretender escapar de una etiqueta de arte corporal, que también, hoy pensamos en la doctrina del escritor contracorriente, crítico, en ese posicionamiento que instruye el mejor logro del accidentado, del impulso abierto y fusionado entre la voluntad de exteriorizar y la de pulsar en el lenguaje personal. Parte a parte, primero el cuerpo, luego los adjetivos, los pronombres, los adverbios y demás enlaces comestibles. Parte a parte; fragmentos narrativos posados en entregas temporales, recreadas, ideas desde un guión y proyectadas de una manera controlada, con el único testigo de mi cuerpo. Son las posiciones, las lecturas y las interpretaciones las segundas miradas de este itinerario; hoy me presento delante del espejo mientras me observo detrás del espejo, mientras curioseo mi espalda. Me vuelvo reversible, de dos formas; hoy escarvo en un terreno de propietarios, en la noche; hoy guardo mi vigilancia, blindado por los cuatro puntos cardinales; hoy imagino una fiesta branca, para luchar en la colectividad; hoy el mapa de mi anatomía parece un caja negra, a la espera de ser abierta, deambulando por la trayectoria, llamada carrera creativa. Quizás hoy, de nuevo, el protagonista comprenda la causa de mi duda: dónde reside la incerteza?

"Por los brazos, y también por las piernas
y, si no, por la cabeza,
la cámara capta el momento.
¿Qué pasa que ya no me miras?
Con golpes y audacias
cae en lo que pasa, cae y arrástrame.
Desde el ángulo,
en la encantadora superficie,
siguiendo el contorno cruel, cae y pasa"

Virgilio Piñera. La Isla en peso

Deterioros, erosiones, destrozo, culpa y capturas; ni vigiliias ni resignaciones. La causa del deterioro bebe en tus constantes vitales; en los sentidos, en los mitos de los que necesitas esperar: La narración, la lírica, la armonía, de la perfección o la belleza. En su captura reside hoy la dirección de los que te observan como artista. Por eso, Félix intenta que todo se proyecte desde el intento, desde

esa sensación del que pretende ser, del hombre que trabaja a diario mientras ponen etiquetas que ir cubriendo, que ir superando. Por eso mismo, quizás, no pensamos en obras individuales, y sus agrupamientos de piezas en series condensan esa, aparentemente, instantánea del lugar del ser humano en la vida y en las posibilidades de la vida. El lugar y lo humano; el escenario y el personaje. El artista y la profesión. Insisto: queda un tiempo para esquivar las etiquetas, e incluso otro que no tiene miedo de ellas.

Imaginamos un guión establecido, *Cajas negras*, desde un esbozo que rodea la actuación del ser humano, de sus vestigios y protagonismos secundarios, grabados y reproducidos, desde una muestra –con fecha y espacios concretos– que es una escenografía que se abre para disponer las dudas y los deseos, las causas y los satélites, que hoy, mientras escribo, pasea o golpea, alimentan mi cuerpo, mi caja negra.

Desde hace tiempo pienso en mi cuerpo, mientras marco de herida mi nariz y me instalo delante de una cama con mujer cantando o policías vigilando; golpeo mi cuerpo, sin tatuar, sin marcar, para dejar que sea lo que me rodea, donde hoy actúa, el que envía mensajes a los espectadores. Sin besos para un entorno sugestivo. Rodeas tu cama apuntalando sus partes, para siempre fragmentadas, después recuperas esa misma polaridad para la instalación del vestigio, de la metáfora de la fractura, de esa vigilancia sin guardas, sin esquinitas, ahora con vallas de obra. Sentimientos de pérdida, de almacenaje y memoria, quizás no muy distantes de trabajos de Félix González-Torres o Pepe Espaliú, en ese encuentro detallado-impulsivo con la metáfora, con la prolongación de la escultura que recrea una experiencia, incluso recogemos a Robert Gober sin antes dejar de etiquetar un cuerpo ausente, pensativo, con las botas manchadas, en el medio de una sala, delante de un ventilador, mientras escuchamos.

“El control corporal constituye una expresión del control social.

Ya ha caducado la época de los héroes y de las visiones inamovibles e inalterables, ahora tan solo encontramos sujetos, un tanto derrotados y faltos de certitud, en busca de nuevas representaciones”

José Miguel García Cortés, *Paseos entre el amor y la muerte*

Una de las características por las que actúa mi cuerpo sucede en la narratividad, en ese fragmento de sombra que las obras trasladan y trasladan, implicando al espectador desde posturas de literalidad y simbología. Por eso, *Cajas negras* hace referencia al argumento del resumen, del grupo de obras que se organizan deliberadamente para resultar públicas, que se agrupan bajo el denominador común de una misma signatura; ese estado intermedio que siempre dispone la novela de capítulos abiertos, como le sucede a los diarios, que se nombran para resultar presente, puro presente. Los argumentos de Félix Fernández derivan de esa parcela de lo personal, que evoluciona con la obra y sobre la que dispone esos destinos de márgenes casi accidentados, casi precipitados. La caja negra mejor dispuesta es siempre mi cuerpo, sobre lo que vengo disponiendo mis dudas, mis deseos.

La *Fiesta blanca*, la celebración de lo excepcional y de lo cotidiano. Los márgenes de realidades que se llenan desde lo social; son esas fascinaciones imaginadas, desde lo aparentemente elegante, desde un pasado recreado de música y ambiente.

Recorro mi cuerpo, vigilado, blindado. Recorro el perímetro de mi vida, mientras voy nombrando cada uno de los polos, este, sur, norte y oeste que dibujan las cuatro partes que marcan mi contorno. Uno, dos, tres y cuatro lados; quizás pensamos en esa medida de Leonardo alcanzando las proporciones del ser humano, quizás en Klein disponiendo del absurdo, como Nauman, como quinta medida; ya no se definen grandes cálculos, ni grandes conquistas. La medida, el control, sigue siendo la faceta de mi cuerpo que demanda la sociedad, creando un escudo, creando un paño de imágenes, como antes de policías, para ser observado, para estar blindado; siempre me queda la anatomía para intentar, nunca para alcanzar, queda como ensayo, prototipo.

La mil maneras de dormir tranquilo que rodearon una serie de fotografías, sirvieron para conformar, como vamos comentando, una voluntad fuertemente narrativa, de un actor y de su espacio. Un contexto, siempre un lugar en el que alterar la mirada del espectador, pero siempre un mismo protagonista. Repaso esas miradas sobre el cuerpo sin el testimonio de la pubertad, pero con la conquista diaria del que se alimenta de dudas e intentos y se traviste para liberar(se), en ese encuentro milimetrado de la topografía de un cuerpo, debajo de las sábanas, delante del paisaje verde, al lado de un matrimonio Arnolfini. Yo y yo mismo; yo y mi proyecto espejo; Yo y mi ficción. Por eso también repasamos las recuperaciones de sus propios cuerpos como materiales, como canales bocetados, en Carolee Schneemann, Ana Mendieta, Dieter Appelt o Vito Aconcci, en John Coplans, Pierrick Sorin; en Álex Francés, Lucas Samaras o Ixone Sádaba.

Encontramos nuestro lugar en el espacio que no domine, de la misma manera que revolvemos la búsqueda de un libro imaginado o soñamos en la búsqueda de un manifiesto de verdad. La búsqueda del lugar. Permanencia, en esa relación del ser humano con su tiempo hecho tierra, con su lugar de búsqueda. La captura de una respuesta, de una explicación, ese escavar constante, con el auga a media pierna mientras seguimos sacando tierra y lodo. Golpea en la espalda la ruína del pasado, que hoy existe como escenografía el la noche. La ruína, la erosión; no resulta casual que pensemos en el descenso, en la caída, en la perforación sobre una tierra que nos recoge para seguir. Esa memoria que se instala en la caja negra. El vídeo que reconoce esta *Permanencia* piensa en la mirada desde lo poético, insistiendo en esa narración de un mes de duración, mientras cuerpo y tiempo, ruína y vestigio, cuando se entrega al desgaste.

Las obras de Félix Fernández existen desde el sentimiento de formar una complejidad escenográfica; a los de un componente mayor. Por esa misma razón, cada muestra o instalación se examina cuidadosamente para elevar los graos de intención dirigida al espectador, al visitante. De este modo una cama aislada controla la mirada del público cuando entra en la sala, luego la bipolaridad de lo visual (cuerpo, agua y paisaje), del mismo modo de *Blindado* conforma la visita únicamente con la partida ganada de la impaciencia y el logro del guión de comienzo y fin-comienzo. Ese reverso, como en las proyecciones de vídeos, donde se simula la lucha humana de Goya sobre un espejo horizontal, en la superficie abierta. Serán sus obras prototipos antes que esculturas, fragmentos y medios, vídeos o monitores instalados, o construccions para albergar.

Tengo que reconocer que cuando comencé este texto puse a mi lado unos libros con la intención de consultarlos y que me fueran avisando de sus interiores, que me sirviesen de pilares en busca de algún posible

vacío. Porque, tengo que reconocer, que identifico la obra de Félix con mis propias lecturas, con mis obsesiones diarias, que en vez de formalizarlas en fotografías o performances, me quedo buscando explicaciones en lectura y hechos. Porque pienso que la producción de este narrador, como quien echa mano de la interpretación del cuerpo diario, como quien se limpia, ducha o come, pensando en una prolongación de la obra cercana a la vida, a lo cotidiano. Después él se encarga de limpiarla de excedencias y presentarla en una voluntad referencial, argumentada, crítica y activa; ahí toca mi lectura de esta mañana, repasando a Goya y Leopardi.

"Me dejo caer ante el juicio de los espejos."

Carlos Negro. *Héleris*

Y mira que la escenografía hizo pensar en máscaras y telúricas membranas que se disponían sobre la verdad! La plena sinceridad de este autar reside precisamente en esa intención de narrar desde su propio cuerpo, sus espacios de vida, sus argumentos de duda, de trabajos. *Reconstrucción en negro*, como *Reversible*, se pegan como segunda piel a la obra, en esa dualidad del espejo y el protagonista, en los espacios interiores; las huellas dactilares sobre la cara, los trazos que me conducen e identifican por la calle. Dedo y huella, firma de lo personal, refuerzo de la intención sincera.

Y mira que tu escenografía sabía de lugares comunes, siendo en este momento, mientras recorro la *caja negra* de color del paisaje íntimo vuelto del revés, mostrando el lado esagerado, alterado, el lado del antiheroe, del que protagoniza su propia exposición prolongando su propia vida, la experiencia de los años. En la sala de autorretratos en obxectos, en esa autoficción que se reviste de biografía, de Lugo, Viveiro, Celeiro y Madrid, que se reviste de carne y piel. En definitiva, la escenografía antes que la exposición, y la ficción antes que la escritura, de la novela de unos años antes, mientras y durante el 2006. *Miradas Virxes, Latitudes, Plugged Umplugged* o *Malas Artes; Feedback, Observatori* o *Lengua blanca*; retazos de escalas de parada y alimentación, en la pensión del arte de impulsos. Las cajas negras como elementos de inevitable referencia aérea, que guardan la memoria del traxecto, de un determinado viaje; son archivos nómadas de dirección inevitable: guardar para el futuro. Hoy es presente y el protagonista es mi cuerpo, que transita y recorre lugares, espacios de incertidumbre, en esa dimensión que marcan los lugares por conocer, las experiencias por vivir, todo con el suspense de ir trenzando lo vivido y lo transitado; el cuerpo que habita y duda. Estado intermedio.

Antes pensaba en el presente, antes, como propia partícula que define el comienzo de estos párrafos escritos en trozos de escritorio, de cocina y biblioteca, de pasillo y ventana, rodeado de dos gatas y un paseante, a partir de ahora, que finaliza este capítulo de varios días, pienso en un actor formándose, articulándose, ensayando. Quizás sea algo obvio, fácil de comprender, echar mano del alimento del contorno para llamar a la puerta de lo inmediato. Quizás sea esa la forma de trabajar de Félix Fernández, sincero proyecto en proceso. Un autor que, por cierto, nació mirando al norte, donde Lugo pierde su línea de tierra llana, y que, también por cierto, encontré una tarde mientras regresaba de comprar una edición antigua de uno de esos libros que recuerdas siempre, *Las flores del mal*. Por eso siempre identifico a Félix con las tardes, siempre pensando que algo de poeta, de murmullo contracorriente, de cuerpo emocionado, de narración quebrada, de nómada de arte-vida, tiene este escritor de narraciones, de autorretratos. Intentos, quizás.